

SECCIÓN 4 | Pensar las prácticas educativas: El desafío de “seguir educando”

La problemática de la reducción de la subjetividad del alumno en el contexto de la virtualidad

El sujeto de la presencialidad

Los dispositivos virtuales en función del aprendizaje no son nuevos. La mayoría de nosotros conoce a alguien que está estudiando o dando clases en una universidad *on line*, que hace cursos breves por internet, que cursa y rinde alguna materia a distancia o, como mínimo, ha visto las publicidades en la televisión y en los afiches de universidades virtuales, no obstante, no han sido la regla en el ámbito de la enseñanza. Hasta el momento eran elementos aislados en el mapa de la educación. La norma fue siempre el encuentro con el otro en el salón de clases, allí donde docente y alumnos se reunían poniendo sus cuerpos. La novedad que impuso la cuarentena fue el desplazamiento de la presencialidad como protagonista en la relación pedagógica.

En la presencialidad del aula los actores allí involucrados se reconocen como sujetos particulares que tienen la posibilidad de interactuar entre sí en un contexto determinado. El otro, ya sea alumno, profesor o compañero, es un ser al cual identifican de alguna manera y que se diferencia del resto. Pueden reconocer en la individualidad del otro una singularidad que los separa de la indeterminación de ser un concepto genérico. Aquel alumno que un profesor conoce en persona en el ámbito del salón de clases no tiene el mismo estatus que el concepto genérico universal “alumnos”. Cuando alguien habla de “los alumnos” en general resguarda en el anonimato a esos sujetos a los que se refiere, son sujetos indeterminados. Habla de todos los alumnos en general y de ninguno al mismo tiempo. El universal “alumnos” es un predicado de una pluralidad de sujetos, un término dotado de

Guillermo Ariel D’Atri

Facultad de Filosofía y Letras, UBA
guillermoarieldatri@yahoo.com.ar

un significado convencional y asociado a una imagen mental. Así, al ser un concepto vacío, remite a todos los singulares que en él se contienen, pero a ninguno en particular.

De esta manera, en el encuentro en persona del docente con los alumnos se particulariza a los sujetos y se los identifica como individualidades diferenciadas. Esto sucede tanto desde la perspectiva del docente en relación a los alumnos, como desde la perspectiva de los alumnos en relación al docente y a sus propios compañeros; en lo que atañe a este trabajo, el foco de atención estará puesto en el modo en que el profesor percibe a los sujetos a quienes les imparte clase.

La particularización de los alumnos como sujetos individuales concretos a los que el docente percibe en el aquí y ahora de la clase permite que el docente reconozca en simultáneo a todo el alumnado pero sin generalizarlo, sin que cada uno de ellos pierda su individuación. El docente es capaz de ver a todos sus estudiantes al mismo tiempo, pero diferenciando a unos de otros. El profesor puede hacerse eco de las respuestas de los alumnos al tema que se está tratando en la clase, observar cuándo el tema capta la atención de unos pocos o de muchos, cuándo hay algo que no se entiende, cuándo se lo sigue en el desarrollo de los temas, etc. Si el docente expone un tema que requiere de mucha atención suele preguntar si se va siguiendo lo que dice, y puede darse el caso de que un alumno responda que sí y que acote algo que dé muestra de que efectivamente entendió los conceptos de los que se hablaba. No obstante, el docente se puede dar cuenta de que la mayoría del curso no ha llegado a comprender los conceptos esenciales. Los ve perdidos y con caras de incompreensión. Obtuvo una respuesta positiva de un alumno, pero gracias a que no generalizó ese acontecimiento se dio cuenta de que debía explicar de nuevo el tema de otra manera. Ahora usa ejemplos y comparaciones con situaciones cotidianas, y se percata de que sus estudiantes empiezan a cambiar la cara, toman notas y acotan con preguntas, aclaraciones y hasta algunos chistes sobre el tema en cuestión. El docente ya no pregunta otra vez si quedó claro el tema, los vio y lo sabe, la respuesta de sus alumnos está implícita en la actitud que reflejan sus cuerpos y sus actitudes. El profesor, gracias a que tiene frente a él a los alumnos en persona, puede hacerse eco de ellos, percibe a los estudiantes como subjetividades concretas con las que él interactúa.

Al cabo de muchos años de experiencia como educadora y conferencista he comprendido que lo cuerpos en co-presencia *conversan*, y que la exposición

nunca es, en realidad, un monólogo en el estricto sentido de que el expositor habla solo, [...] La presencia de su audiencia, con sus gestos miradas y corporalidades, habla y se manifiesta en el discurso del orador [...]. (Segato, 2018: 19)

En la presencialidad el docente tiene la posibilidad de percibir a los alumnos y de particularizarlos, no los aúna a todos bajo una misma identidad como cuando se habla de “los españoles” o “los médicos”, por ejemplo, no resume la individualidad de cada uno de los sujetos bajo un término universal, es capaz de diferenciar a un estudiante de los otros y, gracias a esto, puede interactuar con ellos, no solo a partir de sus discursos, es decir de lo que los estudiantes dicen, sino también con respecto a sus cuerpos, los cuales a menudo dicen más que la palabra de unos pocos alumnos que se animan a hablar en clase.

Ahora bien, la pregunta que surge en tiempos en que la educación a distancia es el nuevo escenario mundial es qué tipo de sujeto es el que tiene el docente en sus clases, o más específicamente cómo subjetiviza el docente a un alumno que no puede ver ni oír presencialmente, qué entidad le da a ese otro con el que tiene que compartir ese espacio virtual que es la clase.

El fantasma de Eurídice y el sujeto de la educación no presencial

El relato mitológico de Orfeo y su descenso al inframundo para rescatar a su amada Eurídice nos puede servir aquí para entender las características de este nuevo sujeto que acontece en las clases virtuales.

Orfeo era un joven artista capaz de conmover con las palabras y la música, que se había enamorado perdidamente de la ninfa Eurídice, pero al poco tiempo de conocerla ella murió a causa de una mordedura de serpiente mientras jugaban en el bosque. El amor que sentía Orfeo era tan fuerte que decidió emprender un viaje al reino de los muertos para traer a Eurídice de vuelta consigo. Nunca nadie había descendido al inframundo y había regresado vivo para contarlo y mucho menos arrebatándole un difunto a Hades, dios que reinaba entre los muertos; por eso la tarea a la que se enfrentaba el héroe era inmensa. Orfeo logró atravesar el inframundo y llegar hasta el trono de Hades. Le narró su triste historia con palabras tan justas y le cantó su amor con tanta emoción que conmovió al dios y consiguió que este accediera a devolverle la vida a su amada Eurídice, pero Hades no podía permitir que se

trasgredieran las leyes divinas por más talentoso que Orfeo fuera en las artes, así que le impuso una condición. Orfeo debía regresar al mundo de los vivos caminando delante de Eurídice, ella lo seguiría detrás sin hacer ruido alguno, y no debía mirar en ningún momento a su amada para cerciorarse de que ella lo siguiese. Solo cuando hubiera abandonado el inframundo podría voltear para ver a Eurídice y ella solo en ese momento volvería a la vida. En caso contrario el fantasma de Eurídice sería arrastrado inmediatamente al reino de los muertos y nunca más se le permitiría a Orfeo regresar vivo con su esposa. Orfeo aceptó la condición de Hades y comenzó a andar con Eurídice detrás de él como su sombra. Sin mirar atrás atravesó el mundo de los muertos, pero cuando se estaba acercando al final de su recorrido comenzó a dudar de si su amada seguía detrás de él, si acaso no la había perdido. Orfeo apuró el paso durante un tiempo y de repente frenó bruscamente esperando que Eurídice se chocase contra su cuerpo, pero esto no sucedió. La duda carcomía sus pensamientos. Entonces, antes de dar el último paso para salir del inframundo, Orfeo miró por encima de su hombro, alcanzó a ver a Eurídice, y en ese mismo momento ella cayó nuevamente en las tinieblas mientras gritaba "no me veas". Orfeo nunca más pudo ver a su amada en vida.¹

La relación del docente con el alumno en el contexto de las clases virtuales es como la de Orfeo con el fantasma de Eurídice. El docente avanza en la clase con los temas a tratar esperando que los estudiantes lo sigan, pero no sabe de manera firme y segura si el hilo de los conceptos que está explicando se sigue porque no ve a los alumnos y lo que sus cuerpos le dicen. ¿Cómo saber así si uno no ha perdido a los estudiantes en el camino? Tanto a Orfeo como al docente los carcome la duda de si no están avanzando solos hacia el final del recorrido. En el caso paradigmático de una clase virtual en tiempo real se pueden tener los micrófonos abiertos o habilitar diferentes formas y mecanismos para que los alumnos puedan intervenir en la clase, pero también es verdad que algunos no se conectan, otros no se animan a preguntar, hay quienes se conectan por compromiso mientras le están prestando atención a otras cosas, como sus celulares por ejemplo, etc. Desde ya que el maestro hará intentos por probar si los estudiantes le prestan atención, realizará preguntas a la clase, apelará a símiles cotidianos, pedirá ejemplos, o usará alguna otra herramienta que se le ocurra. Al igual que Orfeo cuando se frenó súbitamente para que Eurídice se chocara con su cuerpo, el maestro hará intentos para cerciorarse de que lo estén atendiendo. Y en estos intentos pasará una de dos cosas: o no tendrá pruebas de que sus

1. Para ahondar en el relato de Orfeo ver [Montes](#) (2001).

alumnos lo están siguiendo, pero con ello tampoco podrá asegurar que los haya perdido en el camino o, pudiera suceder que, al igual que el fantasma de Eurídice, siguen allí, pero sin hacer el menor ruido. Puede pasar que los estudiantes, por alguna mala dinámica de la clase, no se sientan habilitados a participar en la misma, podría ocurrir también que el *delay* (retraso) que acontece en la clase virtual inhiba a los alumnos, los haga sentir que cortan la dinámica de la clase, puede ocurrir que los chicos tengan un examen de otra materia esa misma semana y decidan no conectarse a la clase para estudiar, aunque sí hayan leído y comprendido los textos correspondientes a esa clase, puede haber diversos factores que determinen que no podamos atestiguar que los alumnos nos siguen pero puede que de todas maneras continúen detrás. Por lo tanto, el hecho de que Eurídice no se choque con el cuerpo de Orfeo puede significar que ella se ha perdido en el Hades, pero no necesariamente significa eso, puede que ella lo siga, pero que no caiga en los intentos de Orfeo por cerciorarse de su presencia.

Por otro lado, el docente podría obtener una respuesta de parte de sus alumnos pero, en cuanto lo haga, estos se le diluirán como se perdió el fantasma de Eurídice en el inframundo. Supongamos que ante la pregunta que hace el docente a la clase uno de los alumnos responda de tal manera que exprese que ha comprendido el tema del que se viene hablando, este alumno es solo uno, el maestro no debería extrapolar su respuesta a la clase entera, porque eso significaría hacer de un caso particular la norma general. Si esto mismo aconteciera en la presencialidad de la clase el maestro podría ver las actitudes de todos los estudiantes y así decidiría si esta respuesta es una muestra de la atmósfera general de la clase o si es solo una excepción. En la virtualidad no puede hacerlo. El alumno grita “no me mires”, del mismo modo que lo hacía Eurídice, porque en cuanto me mires me vas a universalizar y con eso voy a perder mi individualidad, en cuanto me veas me vas a perder en la generalidad de la clase, yo y mis compañeros vamos a ser uno, no vas a ser capaz de diferenciarme a mí del resto de los estudiantes. Ese grito del “no me mires” que hacen Eurídice y los estudiantes es el mismo que hace Blanchot en *El espacio literario* cuando dice “noli me tangere” (la traducción sería “no me toques” o “no me retengas”) para reclamarle a la política que en su involucrar al otro no lo reduzca a una mismidad.²

Esta es la paradoja de la mirada prohibida de Orfeo, no se puede ver, pero tampoco se puede no ver a Eurídice. El docente en el contexto de las clases virtuales no puede impartirlas sin pensar en si los estudiantes lo siguen porque convertiría su discurso en un monólogo egoísta de quien solo piensa

2. Para profundizar en esta postura blanchotiana conocida como política poética, ver Blanchot, 1992: 77-78.

en terminar, en llegar al final del camino, pero tampoco puede fiarse de las respuestas que le den algunos alumnos como si ellos representaran a todos.

Con esto no se sostiene que el sujeto de las clases virtuales esté condenado a caracterizarse por un aspecto espectral como Eurídice, lo que se pretende es visibilizar el problema para abrir la cuestión a la búsqueda de herramientas que nos permitan tener éxito donde Orfeo fracasó. No hay que emprender el regreso al mundo de los vivos como lo hizo el héroe, sino encontrar una manera diferente de traer a Eurídice. Han surgido ya diversas formas en que el docente intenta cerciorarse del seguimiento que le están haciendo los alumnos, muchos maestros mandan guías de preguntas después de cada clase, por ejemplo, aunque ninguno de los que conocemos termina de convencer. La intención, como ya se dijo, no es encontrar una solución, sino mostrar el problema para que no pase inadvertido. La clave está en que el alumno no pierda su individualidad, no se desvanezca en la pluralidad del universal.

El desafío de mantener el aula como lugar de cohabitación de los sujetos

Así como la educación a distancia de manera virtual abre el debate para repensar la figura del sujeto, también lo hace en relación a la figura del aula en tanto que la pone en jaque como lugar de cohabitación. Hay que pensar la cohabitación como un espacio de convivencia, como un espacio en el que uno habita con el otro, en donde uno vive con el otro, un otro diferente a sí mismo, un otro irreductible a las experiencias y prejuicios de uno. El salón de clases siempre ha sido ese lugar común de convivencia con la otredad. En él se encuentran alumnos y docentes de diversos orígenes sociales, etnias, religiones, creencias, experiencias, crianzas, etc. El salón de clases es aquel ámbito en el que se produce el encuentro con una otredad que no se puede reducir a la mismidad. El sujeto que habita el aula lo hace con un otro, por eso es que el salón de clases es un lugar de cohabitación. No es el sujeto aislado, es el sujeto en concordancia con otros, el salón de clases es el lugar del nosotros. En el nosotros reconozco y admito a diferentes individualidades que no son yo al mismo tiempo que me concibo como parte de esa unidad que es el aula.

La cuestión que surge ahora es cómo se relacionan los sujetos, que son otredades, en este espacio de cohabitación que es el aula en un contexto de virtualidad. La paradoja del extranjero que plantea Cacciari puede servir para este fin.

La problemática de la reducción de la subjetividad del alumno en el contexto de la virtualidad

En *La paradoja del extranjero* Cacciari (1996) piensa la figura del extranjero. Este es una otredad en casa, lo diferente en la unidad. Uno³ le brinda hospitalidad al extranjero, pero ese extranjero sigue siendo una otredad irreducible. Al igual que el extranjero, el alumno es una otredad que el docente no puede subsumir a su mismidad y que recibe en un espacio en el que pretende que se cohabite.

A continuación, se expone brevemente la paradoja que plantea Cacciari a partir de la figura del extranjero y la hospitalidad para, posteriormente, trazar un paralelo con la educación a distancia.

En la paradoja del extranjero hay un exiliado que ansía hospitalidad y que se encuentra con una acogida y una hospitalidad. En virtud de esto Cacciari propone analizar las figuras de la hospitalidad y del extranjero. La primera tiene dos polos: el *hospes* y el *hostis*. *Hospes* es quien acoge al extranjero y *hostis* es el extranjero acogido. No debemos dejarnos confundir por las derivaciones semánticas que han tenido estas palabras a lo largo de los años, por ejemplo, hoy en día *hostis* se asocia con hostil, con aquel del que se desconfía, aquel otro amenazador del cual es mejor alejarse. Pero en su primera acepción el término latino *hostis* hacía alusión a relaciones de amistad. Ninguna de las dos áreas semánticas (la de la amistad y la de la enemistad) por sí solas son suficientes. Tanto el *hospes* como el *hostis* son extraños entre sí, son una otredad que se le presenta al otro como un enigma, puede ser alguien fiable o alguien que resulta ser una amenaza. En la hospitalidad tanto el *hospes* como el *hostis* son dobles porque son un otro que es un enigma para el uno. Incluso aquel que hospeda, el *hospes*, al acoger al extranjero es un *hostis* porque se reconoce como extranjero. El *hospes* es un extranjero en su propia casa mientras está el *hostis* ya que no se comporta como si estuviese solo, adopta ciertas normas de convivencia. De este modo el *hostis* le brinda hospitalidad al dueño de la casa en la que se está hospedando al respetar los espacios privados, las normas de convivencia, los límites de la cortesía y la confianza, etc. El *hospes* y el *hostis* son dobles ambos en tanto que son ambos extraños, pero en cuanto se vuelven familiares, cuando se convierte al extraño en alguien familiar, se pierde toda hospitalidad. Es necesario que el extranjero al que se hospeda se mantenga en su cualidad de extraño que eventualmente se va a ir porque en cuanto se vuelve familiar y se pierde de vista el horizonte de su partida deja de ser un extranjero y se convierte en un nuevo miembro de la casa y allí ya no hay hospitalidad.

En el aula virtual acontece la paradoja del extranjero ya que los alumnos ingresan al espacio de cohabitación en calidad de extranjeros y el docente

3. Más adelante se verá que ese uno es doble porque es *hostis* y *hospes*.

en la de hospedador, pero, en tanto conviven en el mismo espacio como extraños, ambos se vuelven *hospes* y *hostis*. El docente recibe y trata de hacerlo sentir cómodo al alumno para que este se anime a interactuar, busca por diversas vías que el estudiante se sienta habilitado a interferir en la clase y a aportar su punto de vista e inquietudes. Pero también el alumno le da acogida al docente en el aula virtual, lo hace sentir cómodo en el sentido de que se conecta a la hora pautada, respeta la palabra del compañero, activa o desactiva su micrófono según lo hayan acordado con el docente, escribe comentarios, etc. La hospitalidad de ambos es necesaria para que el aula virtual sea un espacio cohabitado. Tanto docente como estudiante son extranjero y hospedador en el aula virtual, ambos son *hospes* y *hostis* a la vez. Es indispensable que ambos se mantengan en calidad de extraños, que ambos vean en el otro una otredad irreductible a una mismidad. El extranjero, tal como dejan ver tanto Cacciari en el texto mencionado como también Derrida y Duformatelle en *La Hospitalidad* y Stolkner en *¿Qué es escuchar a un niño?: escucha y hospitalidad en el cuidado en salud*, es otredad.

En cuanto se le saca su carácter de alteridad al que está delante y se lo reduce a la mismidad o se le niega su propia identidad de algún modo, deja de ser un otro. De esta manera, el peligro que acontece en la paradoja que expone Cacciari de que se pierda la otredad del extranjero en la familiaridad también tiene lugar en el aula virtual, pero bajo un nuevo ropaje. Ese otro que son los alumnos corre el riesgo de perder su otredad en la indiferencia del anonimato. Cuando el maestro deja de hospedar a sujetos particulares y los unifica en la indiferencia de “los alumnos”, cuando reduce la pluralidad de otredades que son los alumnos a la entidad genérica indiferenciada de un concepto como es “los alumnos de tercero” por ejemplo, lo que se hace es destruir la alteridad. Este es el principal riesgo que se vislumbra en la educación a distancia, en consecuencia, es indispensable que el docente busque diferentes herramientas que le permitan individualizar a los alumnos para que no caigan en el anonimato. El maestro no debe perder su condición de *hospes*, debe esforzarse por mantener el aula virtual como ese espacio de cohabitación de las otredades. En cuanto se reduzca la alteridad que son cada uno de los estudiantes en el anonimato, no quedará un extranjero que hospedar, solo quedará el fantasma de Eurídice siguiendo los pasos del maestro.

Conclusión

El contexto histórico que se atraviesa volvió patente una modalidad de enseñanza y aprendizaje que hasta ahora no se ha problematizado todo lo que debería; las clases virtuales son el nuevo paradigma de la educación en tiempos en que el distanciamiento social obligatorio es la norma. La no presencialidad de los cuerpos en el salón de clases impone nuevos desafíos a los educadores, entre ellos, el más apremiante es el del modo en que se subjetiviza a los alumnos. El mayor riesgo que un docente debe evitar es el de reducir las diferentes individualidades de sus alumnos a una entidad indiferenciada, no hay que permitir que los alumnos se diluyan en el anonimato. La reducción de esa otredad que son cada uno de los estudiantes a una mismidad es el principal peligro de las clases virtuales. El docente debe buscar herramientas para que el aula virtual se mantenga, al igual que el salón de clases físico de los colegios, como un espacio de cohabitación en el que conviven diferentes subjetividades.

Bibliografía

- Blanchot, M. (1992). *El espacio literario*. Plant, V. y Jimkis, J. (trads.). Buenos Aires, Paidós.
- Cacciari, M. (1996). La paradoja del extranjero. En Archipiélago, Cuadernos de Crítica de la Cultura, N° 26-27, pp. 11-14. Bernardi, D. (trad.) Madrid.
- Derrida, J. y Dufourmantelle, A. (2008). *La Hospitalidad*. Buenos Aires, Ediciones de la Flor.
- Montes, G. (2001). *Orfeo, el que volvió del infierno*. La Página S.A.
- Nancy, J. L. (2006). *Ser singular plural*, pp. 37-81. Tudela Sancho, A. (trad.). Madrid, Arena.
- Segato, R. (2018). *Crueldad: pedagogías y contra-pedagogías en Contra-pedagogías de la crueldad*, pp. 1-31. Buenos Aires, Prometeo.
- Stolkiner, A. (2013). *¿Qué es escuchar a un niño?: Escucha y hospitalidad en el cuidado en salud*. En Dueñas, G., Kahansky, E. y Silver, R. (comps.). *La patologización de la infancia (III)-Problemas e intervenciones en las aulas*, pp. 71-84. Buenos Aires, Noveduc.